

## CAPÍTULO 1

# El infarto: aspectos biológicos y una hipótesis

### Un relato introductorio: "Alfredo", de Ricardo Grus<sup>1</sup>

#### 1.

¡Qué días! Es una locura. Siempre digo lo mismo. Vendo todo y me voy a España. Allá las cosas andan bien y con los dólares puedo empezar de nuevo. Pero sigo aquí... Ahora los "carapintadas", otra revolución. Me pasé la vida entre golpes de Estado y planteos militares. En la conscripción, cuarenta y ocho planteos y tres revoluciones. Después, el Proceso y la guerra de Malvinas. ¡Qué proceso! Cada vez que pienso a dónde vinimos a parar... "Pueden irse a sus casas, la casa está en orden". "Con la democracia se come", decía en la campaña. No sé quiénes pueden comer con esta inflación. ¿¡Para qué leo el diario!? Sólo consigo angustiarme.

El Mercedes está en su lugar. Qué placer verlo. Es una antigüedad, pero, ¡qué joya! Me hace cosquillas. "Al fin solo". El único lugar en el que puedo pensar tranquilo es en el auto. ¿Dónde está el cassette de los Beatles? Cuidado con la curva que ya rayaste un guardabarros. ¿Dónde está el control remoto del portón? Arribeníos, Pampa. Siempre igual. Todas las mañanas, todas las tardes, el mismo embole, no sé para qué vengo a almorzar. ¿Cuándo van a hacer el puente sobre Libertador? La barrera se cierra cuando el

semáforo está en verde y se abre cuando se prende la luz roja. ¡Diez minutos para agarrar Libertador!

Estoy cansado sólo de empezar. Todos los días cambiar los precios, es agotador. Estoy podrido... Levantarme dos horas antes para pensar en lo que pasó ayer y especular sobre lo que va pasar hoy. Si no me cuido, la hiperinflación me come. Libertador está como siempre, toda llena. Me hace acordar a ese cuento de Cortázar, el embotellamiento en la autopista. ¡Cuánto hace que no leo un libro! Si un auto se para, si llueve, se pone intransitable. Otra vez quejándome. ¿A quién? Me encanta la subida por Cerrito, la embajada de Francia, Arroyo, Suipacha, es casi increíble haber puesto un bar en este lugar. Cuando era pibe pensaba que aquí vivían los ricos, parece un barrio de París.

Pero, “una de cal y una de arena”. Los mozos de Arenales y Suipacha, un lugar de lujo, el que funciona mejor de todos, me hacen huelga. El trabajo a reglamento es una huelga disimulada. Quieren aumento todos los días. Como si la plata lloviera del cielo. No se dan cuenta de que tener trabajo en estos tiempos es una bendición. Es el viejo ucraniano, siempre de mal humor y buscando roña. Un problema todas las semanas: si no es el horario, está enfermo; si no es el uniforme, son los zapatos. Tiene vocación de estar en el centro del escenario, me habla como si él fuera el patrón. A ese lo echo. Y si hacen causa común, se van todos. Cierro una semana, contrato gente nueva, con tantos desesperados sin trabajo que andan por la calle, y gano plata. Pero voy a tener que discutir con esos animales. ¿Y si quieren pelearse? Bueno, enfrente está la comisaría. Me da miedo discutir. Nunca quise pelearme, ni en la escuela. Discuto gritando, para disimular, siempre el mismo cagón. La posición de patrón alguna ventaja da. El viejo ese me tiene hartado. Con razón lo echaron de todos lados.

¡Pero!, ¿cómo puede ser? ¡El bar está cerrado! ¿Qué hacen en la vereda Juan y Andrés? El ucraniano sentado en el cordón. Pablo, el cocinero, también. Pensar que trabaja conmigo desde hace años. Dejo el auto en el garaje y los mato. ¿A quién vas a matar? Tran-

quilo, tranquilo. Cuidado al cruzar Suipacha, que ya una vez por poco te pisan.

—¿Qué pasa que no abrieron?

—No nos alcanza ni para pagar el colectivo, así no vale la pena trabajar, o nos aumentás o nos quedamos en casa, no gastamos zapatos...

Con la cara de amargura que tiene me debe echar a todos los clientes.

—¿Dónde están las llaves del bar? Pasen el lunes y les pago lo que trabajaron hasta hoy.

El bar se cierra. Con las heladeras llenas y tres días de demora en el pago, salgo ganando. Tengo que dominarlos con la presencia.

—¡Otra vez venir hasta acá! Paganos ahora.

El viejo intenta forzarme, pero se da cuenta de que ya perdió. Cuando creía adueñarse de mi boliche, se encuentra otra vez en la calle.

—Bueno, les pago. Mientras llamo al contador para que haga las cuentas, se van a la galería a mandar el telegrama diciendo que se retiran por propia voluntad del trabajo.

¡Je!, me van a joder a mí.

—¡Nos estás despidiendo! ¿De qué renuncia hablás?

El ucraniano encabeza la rebelión, pero se la voy a hacer pagar.

—Muchachos, siempre nos llevamos bien. Si el sueldo que les pago no les parece bien, se van. Quieren cobrar ahora, les pago. Si quieren problemas, vayan a juicio. Acá, en este bar, se acabó. No es lugar para hacer planteos sindicalistas. Vos, Pablo, si querés seguir, te vas a Echeverría, ahí hace falta un cocinero. Si te querés ir, seguimos amigos.

No van a aguantar, no tienen un mango partido al medio...

—Nosotros te mandamos el telegrama— dijeron Juan y Andrés.

Al ucraniano no le queda otro remedio que seguirlos, y ahí va.

—Discúlpeme patrón, no sé cómo me enganché con éstos, yo me debo a usted, cuando no tenía un peso me dio trabajo. ¿Todavía puedo ir a Echeverría?— dijo Pablo.

—Bueno, pero la próxima me llamás en lugar de sumarte a esos idiotas que creen que la vida es gratis. Ayúdame a sacar la puerta de la reja, después te vas. El lunes a la mañana te veo allá.

¡Cuánto hace que no abro una cortina! El bar vacío tiene algo de solemne. Las mesas y las sillas ordenadas para que el cajero pueda ver todo el salón, como un cura en el púlpito. Parece un templo donde no hay un ruido, salvo el del silencio hecho añicos por los bocinazos.

## 2.

Siempre soñé con tener un bar, desde que era chico, cuando me escapaba hasta el bar de la vuelta de casa, en la esquina de Roque Pérez y Monroe, donde se juntaban los muchachos grandes, amigos de Tito, mi hermano mayor. Espiaba por las ventanas cómo jugaban al billar, al truco, al chin-chon y al tute cabrero. Mi mamá me tenía prohibido ir al bar, y mi hermano, que me llevaba diez años, alcahuete de mamá, también me sacaba corriendo cuando me veía asomarme.

Don Pepe, el dueño, algunas veces me dejaba entrar. ¿A qué chico podía hacerle mal mirar, con los ojos abiertos de pura curiosidad, las mesas de billar, los tacos o las bolas de colores brillantes? La máquina de hacer café me parece, hasta hoy, un aparato fantástico. Imaginaba que las copas eran como personas, algunas más bajas, otras más altas, las de allá panzonas, las que no se usaban tenían la forma del corpiño de mamá.

Los años pasaron y aunque siempre era el más chico, los muchachos me dejaban tomar una Bidú con ellos mientras contaban sus hazañas del fin de semana en la milonga. Los levantes de minas fabulosas me dejaban asombrado. ¡Qué cancheros me parecían todos! Y qué desilusión cuando Cacho, el peluquero, se casó. Fui a cortarme el pelo sin protestar sólo para conocer a la esposa, a la que imaginaba, por lo menos, como una artista de cine. Verla en batón y chancletas, desgñada, más fea que Elena, la sirvienta de su casa,

me dejó deprimido una semana entera. Entonces supe que papá tenía razón, eran todos fanfarrones. Él decía: “No se sale adelante en la vida yendo a la milonga o jugando al billar. O sos el dueño del bar o de la milonga o sos un vago que no va a llegar a nada en la vida”.

Mientras todos mis amigos se compraban la moto o el auto, que siempre andaban mal, yo ahorraaba peso sobre peso. Trabajaba de mozo cambiando con frecuencia de trabajo en confiterías y bares. Nadie sabía por qué lo hacía. Pensaba, en secreto, que cuanto más experiencia recogiera más iba a saber cuando me llegara la oportunidad. Y así fue. Juan Carlos, mi primo, el de la mueblería, el único de mis doce primos paternos con el que podía hablar, al que toda la familia despreciaba por comunista, me llamó para decirme que en la avenida Triunvirato había un barcito en alquiler. Además me pasó la dirección de la fábrica de mesas y sillas y la de un primo lejano, Juan Rubinstein, otro camarada, que tenía una especie de bazar mayorista para comprar la vajilla.

Cuando empecé, Villa Urquiza era un lugar apacible, un barrio de casas bajas. Mucho no cambió. En las tardecitas templadas, abuelos y abuelas sacaban sus sillas a la calle. Sus hijas, que no trabajaban, se ocupaban de las tareas de la casa, les cebaban mate con la abulia y la amargura de la frustración cotidiana. Los negocios habían perdido la memoria de la última vez que fueron renovados. Las vidrieras acumulaban polvo esperando que algún patrón le diera trabajo a un vidrierista.

La aparición de un bar nuevo no podía dejar de llamar la atención. Las mesas y sillas diferentes no eran las de Viena desvencijadas y repetidas hasta el cansancio de todos los boliches de la zona. Pero, además, sorprendían los estantes espejados llenos de botellas de bebidas que tentaban de sólo mirarlas, las copas, las tazas y los platos relucientes de nuevos y sin cachaduras. Y el café, cuyo aroma invadía todo el lugar al molerlo... Los sándwiches, en los que el jamón y el queso se veían, no había que adivinarlos, y nunca paleta por jamón cocido. Las medialunas eran de la mejor panadería de

Buenos Aires. Seguía los consejos de papá, que siempre decía que la diferencia la hacían la mercadería y la atención, que un cliente trae otro cliente, que hay que ganar menos con cada uno y más con la cantidad. Si viviera... Lo veo sentado en una mesa comiendo un sándwich a escondidas de mamá.

El éxito fue rotundo. El barcito estaba lleno desde que abríamos hasta que cerrábamos. Mis amigos pensaban que yo era un amarrete o un gil de cuarta. Siempre ahorrraba. ¿Cuándo iba a disfrutar de lo que ganaba?

Así abrí otro bar, en Monroe y Vidal, y luego otro más, en Echeverría y Obligado, frente a la plaza Belgrano. En unos años era dueño de seis boliches, ubicados en lugares muy bien elegidos, que me llenan de orgullo. Éste, en el centro, ¡en Arenales y Suipacha! Siempre pago todas mis cuentas. No tengo deudas. Lo que se dice una persona de bien, un ejemplo de nobleza y de trabajo. Seis bares. Quién hubiera dicho. Ni mi familia ni mis amigos.

Cada inauguración era una fiesta para mí. La primera, ¡qué emoción! Después de que se fueron todos los invitados y todo quedó arreglado me senté con una copa de sidra y un café, puse los pies en una silla y me quedé dormido. Desde entonces, por cábala, cada vez que abro, cuando todos se van, me quedo solo en el bar. ¡Cómo me gusta esa soledad del bar vacío! El olor de la pintura, del barniz y del cuero nuevo. Yo solo, con todo el bar para mí...

### 3.

Rosa nunca quiso quedarse a dormir conmigo en el bar, ni de novios ni después de casados. Tengo que llamarla.

—Rosa, acabo de cerrar el bar de Arenales, los eché a todos, estaban de paro en la vereda, así que me voy a quedar para pagar los sueldos y para asegurarme de que no vuelvan.

—Alfre, tené cuidado, acordate de que a la noche cenamos con mamá y papá.

—Bueno, querida, si veo que asoma algún problema te vuelvo a llamar.

Como siempre, le importan muy poco mis negocios. Yo, con problemas, y ella, que sólo se interesa por los hijos, por los padres y por las relaciones sociales. Cuando se trata de coger, se acuerda una vez por mes, y a mí, ¡que me parta un rayo! El placer que yo tenga es cosa mía. No se niega a mis pedidos y cumple con su función. Lo que yo le pido, ella hace o se deja hacer. Ya decidí: alquilo un par de películas en el video de enfrente, el viejo y querido “Blockbuster”, me voy a comer a “Los chilenos” y me quedo acá, a recordar viejos tiempos, y que Rosa cene con sus padres. Igual, no me necesitan.

Golpean la puerta. ¿Ya habrán vuelto? No puede ser. ¡Eduardo! Me lo manda Dios.

—Mi querido contador, ¡qué hacés por acá!

—¿Desde cuándo me tratás así? Vi que estaba cerrado, paré el taxi y me bajé.

—Recién corté con Rosa y estaba por llamarte. Eché a todos los empleados. Decidieron hacer paro reclamando aumento. Les dije que si querían cobrar los mangos que les debía que me manden el telegrama de renuncia y aceptaron.

—Bueno, supongo que te conviene, vos no das puntada sin nudo. Dame el libro de empleados y te hago los números.

Este tipo, siempre práctico, no pregunta nada.

—¿Te podés quedar para pagarles? No quiero ni verles la cara.

—OK, andate y volvé en un rato, yo lo arreglo.

Santa Fe y Suipacha. Esmeralda, la plaza San Martín, el Círculo Militar, el Plaza Hotel, todo es hermoso. ¿Por qué no será Hotel Plaza? Vaya a saber... Florida, Paraguay, el Florida Garden. ¡Cómo me gustaría ser dueño de ese boliche! ¡Qué ubicación! Tomemos algo ahí, total, por un café no le hacemos el juego a la competencia. ¡Competencia! Un poco de humildad, Alfredo, no tenés con qué competir, esto es una maravilla. ¡Qué hermosura!

Vuelve a mi memoria el frecuente problema con los mozos, lo que me había decidido, en cierto momento, a contratar mujeres en lugar de hombres.

Me estoy durmiendo. Se pasó la hora. ¡Qué sueño raro tuve! Las chicas en topless del restaurante de Orlando... Más vale que vuelva...

De nuevo solo. Los burros cobraron y se fueron, Eduardo también, y yo, aquí estoy. Debo estar loco, disfrutando del bar vacío y sin clientes. ¿Cómo sigue esta historia? Tenés que pensar en cambiar algo, Alfredo; así no se puede seguir. Los avisos para el personal nuevo tienen que salir ya.

Una experiencia nueva para el bar. Y así, un día, apareció Nélide, a la que llamaban Margaret... Me sentí golpeado, afebrado, invadido por una sensación extraña, casi desconocida en mis recuerdos.

Recuerdo los primeros pasos, luego la compra de un departamento para verme con Margaret y, un mes más tarde, ella viviendo allí. Al tiempo, también se instaló la madre de ella. Las mantuve con gusto. Cuando llegaba los lunes, miércoles o viernes, mis días de visita, me mimaban. Siempre me atendieron como nunca lo hacía en casa mi esposa o las dos mucamas que le eran imprescindibles.

#### 4.

Un desasosiego me decide, en lugar de viajar a Córdoba, como todos los martes, a ir al departamento que comparto con Margaret. Cuando entro en el dormitorio, creo que estoy soñando: ella, en la cama con el pibe que me había presentado como su primo.

Fui el último en saber. Era el último que Margaret pensaba que podría aparecer allí. Veo la sorpresa y el temor en sus ojos. Yo conservo la compostura. Me acerco y tomo la copa de champagne de mi mesita de luz, el champagne que ella decía que no le gustaba... Brindo por ella –no me va a escuchar quejarme–, digo buenas noches y me llevo hasta la puerta, pensando en irme a mi lugar de paz, a mi boliche, a tomar mi whisky para ahogar las penas y para salir del ahogo que siento, que me apreta el pecho y hace que me escasee el aire.

No quiero hacer una escena –me siento tan humillado–, en una hora me voy a recuperar. Se me parte el corazón. Quiero, necesito, olvidarme de lo que he visto, pero esa escena es el telón de fondo que llevo pegado en los ojos en todo lo que miro. Siento una

opresión, una angustia que crece y crece a cada minuto. El dolor es como una puñalada que me llega desde la espalda hasta el pecho.

Si yo siempre actué con nobleza con ella... Me sentí y me siento orgulloso de ser un hombre de bien, hasta para irme del departamento sin hacer escándalo. Pero, ¿de qué la voy a acusar? Si al fin de cuentas la había atraído con el dinero que ella necesitaba cuando la conocí.

¿Habría sido un presentimiento el que me hizo ir al departamento? Fue nefasto... Me siento cada vez peor, mientras voy hacia el bar. Cada vez más dolorido, no puedo respirar. Tengo que encontrar algún recurso, alguna salida para volver con ella, pero no sé cuál. Me siento tan herido, tan deshonrado. Mi Dios, ¿qué culpa tiene ella si la compré? Y yo que creí hacerle bien dándole el dinero para ella y su mamá... ¿Qué culpa tengo yo? Y así me siento. Soy un inmoral, por comprar una mujer... ¿Y ella? Primero venderse diciéndome que me quería, y después traicionarme. ¿Cómo puedo arreglar esto que nos ha pasado? Es imposible. No me va a alcanzar todo mi amor por ella.

El bar, Suipacha y Arenales, me bajo del auto en el estacionamiento de enfrente. Un sudor frío y la sensación de caerme en un pozo sin fondo junto con ese dolor inaguantable en el pecho me hacen pensar en ir al médico. Es lo último que recuerdo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos mi esposa me dice:

—Tuviste un infarto, te salvaste porque había un médico.

—¿Dónde estoy?

—En la unidad coronaria.

Yo no la quería escuchar. Yo sólo quería ver a Margaret.